

IV

ALREDEDOR DEL SUFRAGIO

1. — Trayectoria.
2. — Inciertos horizontes.
3. — ¿Por quiénes votan las chilenas?
4. — La educación de las hijas.
5. — El día internacional de la mujer.

I

TRAYECTORIA DEL MOVIMIENTO FEMINISTA DE CHILE

Siete decenios ha cumplido el movimiento feminista en Chile. Titubeante luz de amanecer, asoma por allá en 1870, cuando dos hombres, salido uno de las filas de la política conservadora, de su laboratorio de ciencias agrícolas el otro, don Máximo Lira y don Jorge Mennadier, se atrevieron a afirmar bajo su rúbrica que era posible que, siendo la mujer creatura de Dios, contase, al igual que el hombre, con un cerebro inteligente. Afirmación por ese entonces revolucionaria y peregrina.

La semilla caía en terreno fecundo. Principiaba a variar la composición social chilena. El auge del comercio internacional, el laboreo afortunado de las minas, la conciencia solidaria de obreros que acudían a sus "Sociedades de Tipógrafos" y de "Socorros Mutuos de Artesanos", anunciaban el advenimiento de una

capa social que se infiltraría entre las dos que caracterizaron a Chile desde la colonia. La componían gentes penosamente victoriosas de la pobreza, que habían bregado, a la vez, contra sus propias limitaciones y las que les oponía la rígida estratificación social de la época, y que comprendían que la única herencia con que podían asegurar la superación de sus hijos era una sólida educación.

Para la mujer tanto como para el hombre, decían los liberales más ilustres, los que habían leído la obra capital de Stuart Mill sobre emancipación femenina. Para la mujer, como para el hombre, repetían en voz baja las educadoras que moldeaban a las niñas de esa pequeña burguesía. Doña Antonia Tarragó y doña Isabel Le-Brun de Pinochet, imploraban en vano a las autoridades universitarias que aceptasen a sus alumnas a exámenes valederos para alcanzar el Bachillerato. Hasta que el tiempo llegó, cuando, en 1877, el más esclarecido de los liberales, don Miguel Luis Amunátegui, con el prestigio de su pluma, su ejecutoria de ministro, la entereza de sus convicciones, abrió a las niñas de Chile con gesto

decidido y visionario el portón cerrado de la casa de Bello.

Por el avanzaron entre luchas y esperanzas: Ernestina Pérez y Eloísa Díaz, las dos primeras mujeres que, al recibir el título de médico, conforme a los reglamentos, se convirtieron en las adelantadas de todas las otras en el continente iberoamericano. La segunda etapa la marca la creación de los liceos fiscales de niñas, en los que soñó don Miguel Luis, y que la Guerra del Pacífico aventara en sus comienzos. Hubieron de pasar cerca de veinticinco años para que la tentativa arraigase sólidamente, con la fundación del Liceo de Niñas N.º 1, de Santiago, en 1895, al cual lo siguieron, al principio con timidez y luego con ímpetu avasallador, los cuarenta liceos femeninos que hoy existen en la República.

Les habían precedido, a partir de 1854, las Escuelas Normales de Mujeres, y desde 1888, las Escuelas Técnicas.

Cuando la que esto escribe, ingresó en 1922, en calidad de catedrática a la Universidad, el ciclo de conquistas culturales femeninas en Chile completó una etapa. Desde en-

tonces ni legal ni prácticamente existen obstáculos para el ascenso de la mujer por los senderos de la superación intelectual.

Dejan de ser ésas las metas de su trabajo. Desde 1915 la lucha se desplaza hacia las reivindicaciones legales. El 17 de Junio de ese año iniciamos las labores de la primera sociedad íntegramente formada por mujeres y que pretendía alcanzar por medio del esfuerzo de todas, la elevación colectiva. Fué el Círculo de Lectura. El Club de Señoras, se formó inmediatamente después. El Consejo Nacional de Mujeres, fundado en 1919, se preocupó de la obtención de una mayor justicia social para la mujer. Como su Presidente, nos cupo tomar la iniciativa de solicitar explícitamente los derechos civiles y políticos, lo que se consiguió en parte con el decreto-ley firmado por el Excmo. señor Bello Codesido y don José Marza, el 12 de Marzo de 1925, que levantaron las incapacidades legales que nos rebajaban a la calidad de un menor.

Ese decreto-ley fué póstumo y anunciación. Dió alas a la mujer para que se congregara en sociedades múltiples, en Santiago como en pro-

vincias, y que persistiera en las conquistas de sus derechos. El sufragio en cuestiones municipales, otorgado en 1934, marca el advenimiento de la mujer a los partidos políticos, de donde surgen de inmediato doña Graciela de Schnacke y doña Alicia Cañas de Errázuriz a ocupar puestos de alcaldesas en comunas de Santiago.

Es que desde 1870 acá, el ejército de mujeres empeñadas en labores de producción desde los talleres y las fábricas, las casas comerciales, los bancos, las oficinas privadas, y públicas, el magisterio, las profesiones liberales, contadó al principio por decenas, suma ahora más de 300.000, y de entre ellas hay quienes se han destacado hasta las primeras filas en la estimación de la República.

Prolongaría demasiado estas palabras el recuerdo de todas las que han excedido en el cultivo de las artes y las letras. Rebeca Matte, Herminia Moissan, Gabriela Mistral, Marta Brunet, son iniciales iluminadas de los capítulos que honran la cultura de las Américas.

En dos ocasiones las mujeres chilenas han

realizado un recuento de sus progresos: la Exposición Femenina de 1927, con motivo de la celebración del cincuentenario del Decreto Amunátegui, y la otra en Diciembre de 1939, auspiciada por el MEMCH, después de cumplidas las bodas profesionales de Eloísa Díaz y Ernestina Pérez.

Ahora trabajamos para celebrar un Congreso Nacional que nos reúna a todas democráticamente, desde el sindicato de trabajadoras hasta las mujeres universitarias, para reconocer lo que cada una ha realizado dentro de su campo y lo que aún el pueblo de Chile espera de nosotras. Es el momento que el ejército hace alto para recontar sus huestes y acordar su próximo objetivo.

¡Qué otro puede ser en estos agrios instantes, en esta sangrienta encrucijada de la cultura de occidente, que laborar porque la especie humana conviva en un mundo de paz, entre el respeto democrático de grandes y pequeñas naciones, al amparo de las leyes que liberen a los pueblos y a los individuos de la soberbia de los más fuertes, que nos brinden a todos justicia, libertad, democracia y bien-

estar y que permitan a la mujer laborar de igual a igual que el hombre en el logro de estas ansiadas y queridas esperanzas!

1944.

INCIERTOS HORIZONTES

En variadísimos tonos se comenta estos días en nuestro ambiente chileno la inminencia del sufragio femenino. ¿Influirá? ¿Si o nó? ¿Para bien o para mal? Temen unos que el recato femenino sea mancillado inútilmente en la agria turbamulta de las asambleas políticas; otros que su adhesión a los dictados del confesionario determinen una especie de vuelta al período colonial, y, por último, vaticinan no pocos que las esperanzas cifradas en su intervención cívica son del todo desacordes con la naturaleza de la mujer.

¡Horizontes inciertos, entre cuyas brumas ansiamos inútilmente avizorar claridades! No sabemos profetizar. Debemos resignarnos tan solo a auscultar esta realidad que nos rodea. Pedirle a ella la clave. Y ella nos conforta. Que las gracias y virtudes de la mujer se prostituirían en la educación superior y en el trabajo extradoméstico lo vocearon todos cuantos los resistían en el siglo pasado. La expe-

riencia demostró lo contrario. El resultado de las dos últimas elecciones en que hemos intervenido las chilenas puede resumirse así: en las de 1942, las damas derechistas tomaron la delantera por 8.000 votos; en las de 1945, esa cifra bajó a 3.000 en un total de 87.000 sufragantes. No es un margen para asustar a nadie.

Se objetará que las elecciones para regidores no interesan ni atraen como las de parlamentarios, y que en éstas las derechas se emplearán a fondo. Igual cosa hay que esperar de las izquierdas y las cifras pueden volver a un parecido equilibrio.

Mas, antes que prosélites de cualquier partido, tenemos la obligación de servir a la democracia. Es decir, al gobierno de la mayoría. Mientras menos personas acudan a los comicios, porque son analfabetos, indiferentes o ausentistas, o, porque a la mitad de la población —constituída por los elementos femeninos— se le prohíbe votar, más febles serán las bases del gobierno y más próximo estará a convertirse en dictadura de unos pocos. Los intereses de un grupo reducido acallarán los anhelos generales. En las últimas elecciones

parlamentarias, sufragó apenas el 8.4 % de la población total de Chile. Esa ínfima minoría es el que prepara el porvenir de Uds., de mí, de nuestros hijos y nietos, el que detenta las finanzas, el poder ejecutivo y el parlamentario. ¿No estamos corriendo un riesgo demasiado grande al entregar el futuro de nuestra patria, de nuestra posición continental a un grupo ínfimo, si no en calidad, en número?

El hábito no hace al monje. No basta rotularse de república democrática. Precisa que lo sea de verdad, aumentando y mejorando continuamente sus bases, ampliando el sufragio a un número siempre creciente de ciudadanos y educándolos a todos —hombres y mujeres— en sus responsabilidades ante la vida nacional.

Si con la participación femenina, la mayoría tendiese hacia la derecha, lo deploraríamos todos cuantos somos izquierdistas; más, acatando los principios y fundamentos democráticos, trabajaríamos por superarla por medio de una acción inteligente, de una persuasión traducida en hechos que aliviasen el sufrimiento popular y que proveyesen al bienestar de

todos para atraernos de nuevo el favor perdido. En esa lucha correcta y legal entre las mayorías y minorías radica la posibilidad de progreso de una democracia.

Al ventilar estos argumentos, se suele traer a colación el ejemplo de España, creyendo lo que han afirmado algunos: que la reacción derechista fué obra de la mujer. Hay que preguntarle a quienes vivieron esos momentos y fueron sus testigos presenciales. La izquierda se derrotó ella misma por las disensiones internas. La terrible, trágica y fratricida lucha entre comunistas, socialistas y radicales ha esterilizado en Europa como en Hispano América la obra de las izquierdas; ha sembrado el odio en su seno; ha robado a sus hombres el tiempo para dedicarse a las tareas constructivas de un mundo mejor; los ha distraído de sus servicios en la solución de los aflictivos problemas populares de la vivienda, la alimentación, el alfabetismo, para tenerlos con el arma al brazo, atentos a parar los ataques incessantes, no sólo de la derecha, sino de sus propios cofrades. Y aquí mismo, en Chile ¿por quién perdieron las elecciones generales del 44 y todas las particulares que le han seguido? No

por obra de la mujer, sino por esa misma tragedia: la esterilidad nacida de la contienda intestinal.

Comunistas y socialistas luchan a muerte por la supremacía entre las masas obreras, los sindicatos y los gremios profesionales; socialistas y radicales bregan por la captación de la clase media y de las posiciones llaves en el gobierno que hoy es izquierdista. Esa lucha absorbe sus instantes, su inteligencia, sus fuerzas. Total: que se desprestigian ante la opinión pública que no puede sufrir pacientemente que concluyan de entenderse para que se ocupen de mejorar el nivel de vida, detener la inflación, robustecer la economía cada vez más precaria de la nación entera.

Odio, lucha, intransigencia en el campo de las izquierdas. En las derechas, la fácil y agradable tarea de aprovecharse de esas disensiones y del desprestigio que acarrean, para captarse la voluntad del hombre honrado que necesita paz y esperanza para seguir trabajando, de ése cuyo nombre no figura en los registros de las asambleas, pero que vota limpiamente

y que, a la postre, es el que da número a la futura mayoría.

A cuantos preocupa el horizonte incierto de la política chilena del momento, nos aflige la duda de que estos izquierdistas que no logran pactar un convenio inteligente de tregua, obtengan triunfo alguno en los próximos comicios. Es que nuestros políticos operan sin el freno de una gran opinión pública, de hombres y mujeres que —aun sin mostrarse en la arena militante— den su veredicto, repudien a los falsos profetas y expresen claramente sus anhelos cívicos. Hoy, las mujeres sufrimos las consecuencias de una política pequeña en la que no participamos. Pagamos contribuciones; nos afanamos —con lágrimas a veces— para equilibrar el presupuesto familiar ante el alza injustificada y cada vez más violenta de los precios; la madre de la clase media y obrera no encuentra casa donde alojar a sus hijos, pero no tenemos derecho a intervenir en la cosa pública.

Quienes propiciamos el voto femenino amplio, no intentamos, en modo alguno, recomendar el gobierno de las mujeres ni un ma-

triarcado como parecen temerlo algunos escritores. En absoluto. La democracia es cooperación y no subyugamiento. No todos los hombres tienen aptitud para las ideas abstractas, ni vocación para la lucha política. Así acontece con las mujeres. La ciencia moderna ha demostrado que no existen diferencias psíquicas fundamentales entre ambos; sí, una inmensa variedad de tipos en unos y otras, felizmente. Prevalecen ciertas características en el sexo femenino; otras en el opuesto; se dan con mayor o menor frecuencia, pero existen. Dejemos a cada pajarillo con su canto. El mundo goza y se aprovecha de esa sapientísima variedad. Si hay mujeres con aptitudes de Juanas de Arco, no las condenemos a la hoguera; permitamos que vivan y florezcan conforme a su ideales, e igual cosa las Santas Teresas, y lo mismo aquellas que no ansían otro horizonte que el alero de su casa. Las matriarcas obrarán con o sin voto si tienen hechuras de tales y encuentren afeminados o débiles a su alcance. Y las que no conciben el amor sino a base de admiración por el hombre, que logren así su dicha. Nuestro anhelo

es que los talentos, las aptitudes, las inclinaciones femeninas se desarrollen por cauces humanos amplísimos para que sean fieles a su destino, expresen su personalidad sin la restricción o la opresión de infundados prejuicios, y hallen abiertos los caminos de superación para todos sus legítimos afanes.

1945.

¿POR QUIENES VOTAN LAS CHILENAS?

En las elecciones de parlamentarios verificadas en Marzo de 1945, en Chile, sufragaron 429.930 hombres que representan el 8,4 % de la población total del país. Aunque la izquierda obtuvo un número de votantes ligeramente superior, detalles de ubicación y fraccionamiento de los partidos, obsequiaron a los candidatos de la derecha una breve mayoría. Si ésta hiciera sentir sin contrapeso su opinión, la dictación de leyes, monto de contribuciones, orientaciones de la política interna y relaciones exteriores serían la obra de un grupo que refleja el sentir del 4,5 % apenas del total de nuestros habitantes.

El fundamento de los gobiernos democráticos falla cuando no se apoya en la voluntad de la mayoría. En el caso nuestro, la base es tan extraordinariamente frágil que asombra que resista al empuje de las pasiones y de los intereses antagónicos.

Normalmente, en las colectividades humanas existe un 25 % de menores de 21 años. Es

probable que en Chile, en donde la vida es breve, ese porcentaje alcance a 30. De los 5.000.000 nos quedarían, pues, alrededor de 3.500.000. Restémosle los analfabetos calculados en un millón y tendríamos dos millones y medio con capacidad electora, siempre que votasen las mujeres. Sin ellas, un millón doscientos mil más o menos. El ausentismo cívico entre los hombres, es, por lo tanto, considerable.

Extendido el sufragio político a la mujer, se ensancharían los cimientos de la democracia y los parlamentos elegidos podrían representar mucho más adecuadamente que hoy el veredicto popular.

Los oponentes chilenos al voto femenino repiten —sin darse cuenta de ello— los mismos vetustos argumentos, esgrimidos en donde quiera que se le ha puesto en el tapete. En Estados Unidos, como en Inglaterra y aún en España se dijo: que las mujeres no estaban preparadas; que no convenía, con el ejercicio del sufragio, apartar a la mujer del hogar; que su voto duplicaría el del marido o el del padre, y, por último, que daría el triunfo a

las derechas. (En esta última elección inglesa, el número de mujeres sufragantes ha sido el más alto que registra su historia y la derrota de los conservadores fué espectacular). No responderemos, por ahora, a los argumentos teóricos. Veamos cómo sufragaron en las dos últimas elecciones municipales chilenas y de ello colegiremos sus tendencias. Obsérvese el cuadro que acompaña estas líneas (al frente).

1944. —Las conservadoras van a la cabeza; aventajan por cerca de 8.000 votos a las radicales y éstas sobrepasan en 4.000 a las que les siguen: las liberales. A continuación, van las independientes en número de 7.700. Dejemos a éstas en el fiel de la balanza y computemos los totales de derecha y de izquierda, incluyendo en la primera a conservadoras, liberales y agrarias, y en la segunda a todos los matices democráticos de avanzada. Son 41.706 en contra 38.655; es decir, 3.000 votos de diferencia a favor de la derecha. Dada la reconocida disciplina conservadora tenemos que colegir que entre esas 7.700 independientes, las más se inclinan a candidatos no conservadores, con lo que la mayoría derechista resul-

ELECCIONES DE MUNICIPALES	Número de muje- res y extranjeros sufragantes 1941-1944		Aumento y dismi- nución
<i>Derechas</i>			
Conservador	20.950	26.808	+5.918
Liberales....	18.437	14.227	+4.210
Agrarios....	692	671	— 21
TOTAL.....	39.079	41.706	+2.627
Independien- dientes (1).	9.196	7.700	
<i>Izquierdas</i>			—1.496
Radicales ..	19.642	18.137	—1.505
Demócratas.	377	333	— 24
Democrático	2.543	5.793	+3.250
Falangistas..	—	3.806	+3.806
Socialistas..	8.572	6.680	—1.892
Comunistas.	—	3.906	—3.906
TOTAL.....	31.114	38.655	+7.541

(1) Bajo el rubro "independientes" votaron en 1941 los comunistas. Las estadísticas expuestas son tomadas de los folletos impresos por la Dirección del "Registro Electoral" que no separa a los extranjeros de las mujeres.

ta harto precaria, panorama que es casi idéntico al que se ve en el campo de los hombres.

Comparemos ahora los resultados de 1941 y 1945. Aumentaron en 1945 las conservadoras en cerca de 6.000, las democráticas en tres mil, las comunistas y falangistas en tres mil cada una. Disminuyeron las radicales e independientes en mil quinientas, las liberales en cuatro mil, las socialistas en cerca de dos mil. Mientras en 1941 la derecha aventajaba a la izquierda femenina en ocho mil votos, en 1944 la lleva sólo por tres mil. En otros términos, pese a todos los desaciertos y fraccionamientos izquierdistas, éstos han enriquecido sus huestes femeninas en mayor proporción que las derechas.

Es tanto más de extrañar tal aumento, cuanto más contrasta la acuciosidad de los conservadores y católicos por inscribir a la mujer, con la desidia de algunos componentes de la izquierda, a excepción de los comunistas. Estos, además de inscribirlas, las adoctrinan con entusiasmo y las colocan, al igual que los hombres,

en puestos de responsabilidad dentro de sus directivas.

Con todo, el número de mujeres votantes en Chile es absurdamente reducido. Un millón tendría derecho a hacerlo en las elecciones municipales. Sufragaron sólo 87.000. Muchos factores contribuyen: dificultad para la inscripción, ignorancia política, indiferencia cívica, bajo nivel medio de cultura. La ley de inscripción electoral mantiene un régimen tan engorroso que se pierden días y semanas en lograrlo; de hecho casi imposibilita hacerlo a la clase asalariada, a las dueñas de casa hacendosas, a todos cuantos viven de su trabajo y tienen que permanecer horas fijas en sus oficinas o en sus hogares.

El sentido de la responsabilidad cívica, la conciencia de que nuestro voto posee un valor en el conjunto y que somos directamente responsables del buen o mal gobierno es algo que no sienten muchos hombres e incontables mujeres. Imaginan que el sufragio favorecerá a unos cuantos politiqueros de profesión y sus paniaguados, y que el comerciante que vive del producto de su trabajo, el agricultor, la

dueña de casa no es afectada porque triunfen o sean derrotados tales o cuales candidatos. Dinamarca, Suiza, Inglaterra son muestras de una democracia avanzada, gracias, sobre todo, al mayor nivel de cultura ambiente, que permite darse cuenta de la relación entre causa y efecto, entre la prepotencia de ciertos individuos, regímenes o doctrinas políticas y el estado de la economía, del bienestar, de la cultura de las masas.

Mas, retornando a nuestro tema inicial, ¿qué nos demuestran los números que hemos comparado? Que el partido que más se interese por organizar, adoctrinar cívicamente e inscribir a las mujeres, ése obtendrá el triunfo. Hay entre nosotras un gran potencial de energía que no ha sido liberado, ni encauzado, una gran pasión de caridad, de hermandad, para redimir al que sufre, para aliviar los dolores que afectan a la familia de todos, y cuando las mujeres comprendamos que para obtener frutos de solidaridad es indispensable actuar colectivamente y participar en la gestación de los poderes públicos, se sacudirán

de prejuicios e irán a las urnas a defender los postulados que les parezcan superiores y los planes de acción que juzguen más eficaces.

LA EDUCACION DE LAS HIJAS

“Las mujeres no quedan sin cultura en Chile —afirmaba el Jesuíta Vidaurre en las postrimerías del siglo XVIII. Los padres les dan una educación conforme a su sexo. Les hacen aprender a leer, escribir, contar, algo de baile y un poco de música, así instrumental como bucal; pero en lo que más se empeñan es en el gobierno de la casa y manejo de los negocios domésticos. Cuando las casan (sic) ya saben hilar, coser, tejer, bordar, cortar un vestido y hacer cuanto pueda ocurrir en una casa bien gobernada”.

La educación ceñida al destino; a las múltiples faenas que subvenían a la familia y en las que participaban madres, hijas, tías y primas, convivientes y amparadas bajo el régimen patriarcal. Fórmula feliz para los tiempos en que la mujer encerraba en casa su presente y su futuro. Producto: en el anverso la matrona prolífica, hacendosa, obediente a su marido y gobernadora de puertas adentro; en el reverso, la solterona pretérida y frustrada. A la que desposó bien, hijos por docenas y

consideración social inamovible desde la juventud hasta la muerte; a la mal casada, resignación y lágrimas sin remedio. La soltera, una desmayada doncella a los quince, histérica a los treinta, santa de confesionario, magdalena o harpía a los cincuenta.

La muchacha de hoy nace en un hogar que ya perdió la imperiosa necesidad de hilar, urdir y tejer; en un mundo dominado por la economía fabril y en un clima espiritual de contradicciones e incertidumbres. ¿Qué destino le aguardará a mi hija? preguntan los padres y no hallan respuesta cierta. Ni la fortuna, ni la posición social, ni el hecho de pertenecer a familia numerosa les asegura inviolable refugio contra el eventual abandono, la soledad o la miseria. Es posible que no hallen marido conforme a sus ideales y permanezcan solteras; que se casen, y en el matrimonio encuentre estabilidad y dicha. Igualmente posible es lo contrario: que el vínculo conyugal salte en pedazos y —quieras que no, preparada o no— tenga que unirse a un trabajo remunerado para sostenerse ella y sus hijos.

De suerte que si la educación ha de res-

ponder a necesidades futuras, la de la mujer tendrá en vista, primero, el que colabore en la dicha y continuidad del matrimonio, que sea una diligente y discreta ama de casa, una comprensiva amiga de su esposo, una madre sana y una educadora de sus niños; segundo, que esté preparada para subvenir a sus necesidades económicas, y tercero, que pueda participar inteligentemente en la vida cívica de la democracia que requiere para su perfección la atención alerta y vigilante de hombres y mujeres.

De esta multiplicidad de objetivos es de donde emanan las dificultades y contradicciones de que se quejan —y en alguna parte con fundamento— los hombres.

¿En qué consiste una educación para el trabajo? En transformar las vocaciones en profesiones; en cultivar tanto una técnica que se logre dominarla. Ello implica gusto por la labor elegida, ejercicio constante, estudio, dedicación. Es signo de la vida económica presente que la mayor parte de las ocupaciones se realicen fuera del hogar, en oficinas, fábricas, almacenes o talleres. Allí ha de penetrar la

mujer. Tal acontece en las familias obreras y de la pequeña burguesía. En las otras, las muchachas cultivan vocaciones artísticas, adquieren hábitos de deporte, de vida social, de labores filantrópicas que también se desarrollan fuera de los muros hogareños. Todas, ricas y pobres, se acostumbren así a intervenir en el ancho mundo.

Se casan. La formación del hogar, la atención del marido y sobre todo de los pequeñuelos es tan absorbente; necesitan tanto su solicitud cariñosa, que la mujer que desea cumplir sus deberes familiares en plenitud se ve abocada al problema de rehuir el ejercicio de cualquiera actividad organizada extra-doméstica o abandonar sus hijos a manos de una pariente o una asalariada.

Conflicto que agrava la incipiente economía de muchos hogares jóvenes. Para no descender del nivel de vida a que les habituó la casa de sus mayores, el sueldo del muchacho no basta. Ayuda la mujer con su trabajo. Del taller, de la oficina depende su bienestar; de la casa su dicha. Para que ésta no se resienta, la mujer apura sus energías, cumple tarea de

dos, siempre y cuando no peligren su salud, su ánimo y la posibilidad de aquel vástago por venir.

Del otro lado, aquella que creció en ambiente adinerado, tampoco se aparta fácilmente del mundo exterior; la mundana porque le continúan atrayendo las recepciones, los juegos, los deportes; si no lo es porque esa vocación suya que se tradujo en afán de arte, de ciencia o de servicio altruísta, demanda su presencia fuera.

Oscila la mujer de hoy entre dos órbitas: la del hogar y la del mundo, la participación en cuyas múltiples actividades desconocieron nuestras abuelas.

De casada, se da cuenta de que el eje de gravitación de su vida debe ser el hogar, y busca una solución de compromiso entre éste y el mundo, o renuncia voluntariamente por algunos años y mientras dura la infancia de sus hijos, a cualquiera labor organizada incompatible con sus máximos deberes. ¿Están los maridos capacitados para apreciar el valor de esa renuncia y compensarla con dedicación y afecto? Por lo que veo a mi alrededor, casi

me atrevería a suponer que en su mayoría, no. Los que la aquilatan parecenme la excepción. Tampoco la mujer está segura de que por ese camino va a encontrar una dicha estable. Porque mientras ella se entrega enteramente a su hogar y a sus niños, afuera tiende las redes seductoras la otra, esa otra, que ya no es la despreciable meretriz ni la aventurera descalificada socialmente, sino la compañera de oficina o de taller, la secretaria, la ayudante, la visitadora social, la enfermera o la colega que por afanes de su ministerio ha de permanecer en contacto y colaboración con el hombre, y que al requerimiento amoroso responde planteando el problema del divorcio y de un nuevo matrimonio.

No, no es fácil ni sencillo el asunto de educar a las hijas, ni puede considerársele aislado del hombre: la armonía familiar es obra de ambos.

Sin duda, conviene que la niña aprenda en los colegios economía doméstica, artes hogareños, puericultura, psicología infantil; todo ello es necesario; mas puede saber todas esas cosas y ser una perfecta desgraciada en el

matrimonio, o permanecer soltera y entonces ninguna de esas disciplinas son primordiales para ganarse decorosamente el subsistir. Precisa reconocer que hogar y escuela poseen funciones educadoras complementarias, que ninguno de los dos es capaz de dar lo que el otro, ni substituirlo. En los colegios, los conocimientos básicos de las ciencias y las artes hogareñas, el aprendizaje del trabajo y del servicio a la colectividad; en el hogar la inculcación de ideales y hábitos de responsabilidad familiar.

Cónyuges que comparten cada uno a su manera la superficialidad de una vida mundana, claman en contra de los colegios que desearían capaces de transformar a sus hijas. La gran educación es el ejemplo. Si los progenitores no lo dan, las lecciones escolares caen en el vacío.

Sentido de responsabilidad moral de hombres y mujeres, capacidad de sacrificio, solidaridad inviolable, permanente y leal son las virtudes fundamentales; faenas hogareñas compartidas entre progenitores e hijos proporcionan los hábitos que mañana han de continuar ase-

gurando la dicha de una familia. Allí radica el principio de la educación femenina. En la semilla de esa rosa "se esconde la gloria del rosal".

1946.

EL DIA INTERNACIONAL DE LA MUJER

Entre los cablegramas publicados ayer, apareció el programa con que nuestras hermanas británicas se aprestan a conmemorar en este año de 1945, el Día Internacional de la Mujer. En el Albert Hall de Londres, y presididas por Lady Megal Lloyd George, delegadas de 20 países, prestarán la aprobación oficial al proyecto de Carta de la Mujer que, apoyada por los elementos femeninos de todas las Naciones Unidas, se presentará a la Conferencia de San Francisco.

Tres anhelos fundamentales la cimentan: como madres aspiran a que sus hijos vivan en un ambiente de seguridad, libres del temor de la miseria, de condiciones malsanas de crecimiento, de falta de oportunidades educativas; como trabajadoras, solicitan que se respete y valore su labor, considerándola de idéntica calidad a la de los hombres. Mucho derecho tienen a exigirlo, después de los ingentes sacrificios y los infatigables esfuerzos con que han secundado a sus hermanos en la tarea de ga-

nar la guerra, asegurar la continuidad de la vida normal dentro de los frentes interiores y preparar la paz venidera. Y como ciudadanas exigen un estatuto legal que las equipare civil y políticamente a los varones. La "Carta" es la culminación de una escala secular cuyos primeros peldaños hubieron de teñir con sangre, sudor y lágrimas miles de mujeres que lucharon, sufrieron y no alcanzaron a ver con sus propios ojos el triunfo de la causa.

Desde no hace mucho, Chile participa en la iniciativa europea de conmemorar el 8 de Marzo. Dedicar un recuerdo emocionado y agradecido a todas las heroínas, adalides y mujeres superiores que nos han precedido, es, sin duda, rendirles un homenaje. Insuficiente, sin embargo, si no reiteramos nuestra consagración a la causa y no nos dedicamos con mayor empeño o coadyuvar al triunfo de esta empresa mundial.

El año pasado en esta fecha, un grupo de mujeres venidas de muy diversos campos, se reunió en la Universidad de Chile y auspició la idea de celebrar periódicamente grandes congresos femeninos. Así fué como se inició

el que realizamos en los últimos días de Octubre y primeros de Noviembre de 1944.

Fué una experiencia que nos dejó grandes lecciones, una que otra desilusión y muchas esperanzas. Lecciones de unidad, de aprendizaje del trabajo en equipo, en el cual es preciso olvidar las disidencias emanadas de temperamentos, culturas y personalidades diversas, en aras de un ideal difícil, y de una empresa que a veces se torna fatigosa.

Las conclusiones aprobadas en el congreso acaban de ser publicadas por la Federación Chilena de Instituciones Femeninas y ésta ha programado su labor del año para llevarlas a la realización, en cuanto sea posible.

Al igual que todas las mujeres del mundo, anhelamos un porvenir más cierto para el niño, condiciones de mayor bienestar para la familia y un estatuto legal más justo para la mujer en cuanto trabajadora y participe de una democracia. Por esto, hoy enviamos a las mujeres aliadas, reunidas en la Asamblea de Albert Hall, no sólo la adhesión fraterna, sino también el homenaje de nuestra admiración, respeto y solidaridad.

V

FEMINA INQUIETA

- 1.—Mujeres próceres.
- 2.—Cora Mayers.
- 3.—Mujeres sureñas.
- 4.—Universitarias.
- 5.—Una modesta exposición.
- 6.—Hogar, dulce hogar.
- 7.—La mal tratada.

MUJERES PROCERES

No hace mucho que el Alcalde de Santiago, don Galvarino Gallardo Nieto, envió al Ministro de Educación una nota en que transmitía un acuerdo de la Municipalidad, en el sentido de recomendar otra ubicación que nó la Alameda para el monumento a las educadoras que, en breve, se erigirá en nuestra máxima avenida.

Expresaba que la tradición ubicó allí sólo a los más esclarecidos próceres y, naturalmente, con ello implicaba que Isabel Le Brun de Pinochet y Antonia Tarragó no merecían tal honor. Por cierto, que él no hacía sino transmitir tan menguado acuerdo, porque del señor Alcalde, hombre sagaz, docto y ágil, que jamás ha mirado la vida desde las estrechas anteojeras de los prejuicios corrientes, no habría nacido tal despropósito.

La nota cayó como un obús en las Instituciones Femeninas. La Asociación de Mujeres Universitarias, por ejemplo, resolvió pro-

testar públicamente, encargo que ahora obedezco, no sólo en virtud de ejercer la presidencia, sino así mismo en mi calidad de maestra.

¿Quiénes son próceres y qué significa esta palabra?. Barcia, en su acucioso y pintoresco "Diccionario de Sinónimos" explica: "Prócer es palabra latina derivada de la misma raíz que procella, borrasca, de donde proviene nuestro vocable proceloso. De procella se forma procello, que significa conmover, agitar, dar vaivén a las cosas, como la borrasca o lo proceloso da vaivén a los mares. Esto nos demuestra que la voz prócer significó primitivamente la idea de movimiento, de gerencia, de dirección. Los próceres son los agitadores de los pueblos, promotores o instigadores de los pensamientos y de las empresas, la inteligencia activa y poderosa que impulsa a los demás". . . .

De aquí, pues, que se denomine prócer a aquellos que dirigen, avizoran rumbos, o que alientan aspiraciones y conmueven los ánimos de la generación en que les toca actuar. No son exclusivamente los grandes estadistas y los soldados de fortuna; lo son a mejor tí-

tulo los hombres y mujeres que, en lucha contra las gentes y las circunstancias hostiles, lograron abrir nuevas ventanas a las esperanzas de sus pueblos.

Es tiempo ya que se abandone el concepto arcaico del héroe como factor de exterminio y muerte, para sustituirlo por el de aquél que sobresale de modo extraordinario en las faenas de apaciguar las pugnas, dulcificar y ennoblecer la convivencia humana. No dejó sino hambre, desesperación y ruina, la hora de los Atilas y los Genkis Khan, los que bebían su vino en el cráneo de los vencidos. La última guerra nos lo demostró más despiadadamente que nunca. La justicia social, la vida más decorosa y más feliz quedan aún por conquistar, y quienes triunfen en esas lides merecen tantos y más honores, que los afortunados guías de ejércitos poderosos o huestes enardecidas.

De ese calibre superior fué la obra de muchos educadores, hombres y mujeres, que desde la colonia, lucharon vigorosamente por ahuyentar los prejuicios que en un tiempo agarrotaban la vida femenina. Pocas tuvieron la suerte inicial y el destino adverso de

doña Fanny Delaunay, que hace más de un siglo llegó a Santiago en compañía de don José Joaquín de Mora, su esposo, invitado al país por el entonces presidente don Francisco Antonio Pinto. Mientras él fundaba el "Liceo Santiago", bajo el auspicio protector y liberal de S.E., ella abría un colegio de niñas en uno de los edificios episcopales. A él asistieron las damiselas y jovencitas más linajudas de la época.

Allí, por primera vez, se les enseñó algo más que el programa tradicional, de leer, escribir, contar y coser. Hubo profesores de clave, instrumento musical que precedió al piano en nuestros salones, de historia y geografía y de idiomas extranjeros. Esto ocurría por el año 1830, dos lustros escasos, después de que doña Rosario Egaña fuera severamente amonestada por su confesor, por el delito de estudiar francés.

Desgraciadamente, Don José Joaquín se indispuso con las autoridades chilenas. Se atrevió —cosa inaudita— a burlarse del omnipotente Portales, sobre quién pergeñó aquella letrilla satírica que ponía en solfa al mandatario y a su primer Ministro:

*"El uno cubiletea,
El otro firma, no más,
El uno se llama Diego,
El otro José Tomás"...*

No tardó, pues, en ser despedido de Chile y con él —desgraciadamente— su benemérita esposa.

Deja, sin embargo, una huella notable, seguida con mucho brillo por otras mujeres que, como ella, franquearon los Andes para avicindarse aquí; nos referimos a las hermanas Cabezón que fundaron en Santiago sendos colegios en el segundo tercio del pasado siglo y sobre cuya influencia, a la vez piadosa y liberal, se han ocupado historiadores tan ilustres como Don Domingo Amunátegui.

En la década del 70, no eran pocos los hombres que acompañando a Don Jorge Menadier, Don Máximo Lira y sobre todo a Don Miguel Luis Amunátegui, abogaron por una educación femenina más amplia. Mientras que sus artículos preparaban el ambiente, dos mujeres trabajaban en silencio por servir a sus hermanas de esa clase media que ya despuntaba en Chile. Eran Doña Antonia Tarragó y

Doña Isabel Le-Brun, émulas y rivales que tenosamente se empeñaban en alcanzar cada una para el establecimiento que dirigía, el privilegio de presentar a las alumnas a exámenes válidos ante comisiones universitarias. Una y otra vez recabaron la autorización anhelada, pero una y otra vez las desoyó el consejo de la Universidad; de no haber mediado la feliz circunstancia de que don Miguel Luis Amunátegui presidiera el Ministerio de Educación, se habría retardado por quién sabe cuántos años más el ingreso de las mujeres al ciclo superior de la cultura. Fueron doña Antonia Tarragó e Isabel Le-Brun las que impulsaron ese avance transcendental; actuaron, pues, como próceres, marcando el rumbo a las futuras actividades de la mujer.

De ellas emana la amplitud alcanzada en Chile por los Liceos de niñas, expansión no igualada por país alguno de Sudamérica, y que, pese a sus detractores, ha sido parte considerable a levantar el nivel espiritual de nuestro ambiente. Agitaron y promovieron un movimiento social de extraordinaria transcendencia.

La piedra de su monumento honra a todas las educadoras, que antes y después de ellas suscitaron el adelanto de la mujer. Bienvenidas, serán a nuestra "Vía Appia" santiaguina, bien estarán hermanándose con los padres de la Patria: ellas, como todo maestro o maestra de verdad, forjaron un destino, lograron una conquista, añadieron un peldaño más a la superación espiritual de nuestro pueblo.

1946.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

CORA MAYERS

Así como van esfumándose hasta desaparecer los detalles del paisaje, cuando el avión irrumpe en las alturas, y el hombre avizora en la perspectiva inmensa, sólo las grandes anfractuosidades del relieve terrestre, así mismo el tiempo, a medida que continúa en su imperecedero curso, limpia de pequeñeces el recuerdo y da a los hombres su justa posición dentro del conglomerado universal.

Tiempo y distancia son iguales cribas por donde lo pequeño se escurre y lo valioso adquiere magnitud y significado permanentes.

Diez años han transcurrido desde un día trágico que cegó la madura juventud de una mujer excepcionalmente dotada de gracia, de belleza, de bondad y de talento, dones, magníficos cada uno, dones extraordinarios cuando se reúnen en una sola creatura. Y el tiempo, lejos de borrar su huella, le ha ido engrandeciendo, destacando su personalidad como eminencia señera en el horizonte de la historia patria.

De ella fué la iniciativa y de ella la acción

redentora. Con voluntad generosa y recia trató de elevar el oficio de enfermera a la dignidad y ejecutoria de una profesión científica. De muchos de sus colegas, hasta de sus maestros, halló sinnúmeros obstáculos. Estaban habituados a los servicios rutinarios y modestos de las antiguas practicantes. Creían que en nuestro medio era imposible que señoritas egresadas de liceos, aceptaran una vida de continuo sacrificio. Suponían, así mismo, que entre ellas y los médicos surgirían dificultades de competencia, que entorpecerían la obra de ambos. Cora Mayers miró más lejos y más claro. Se dió cuenta de que el cuidado prolijo de los enfermos, de que la salvación de muchas vidas humanas en la mesa de operaciones, en la angustia de las horas desesperadas en que se batalla entre la vida y la muerte, tenían que depender de la ciencia y el sentido de responsabilidad de la mujer que se quedara vigilante en la cabecera. Comprendió que en las cruzadas sanitarias que debería emprender nuestro país para salvar a su prole, para incrementar su escueta población, para darle al progreso la única base inamovible: la de la

creatura humana sana, de mente, ágil, de músculos recios, marchando con paso firme hacia una mayor felicidad colectiva, las enfermeras tenían un papel predominante. Iban a ser los soldados aguerridos, bien entrenados, perfectamente conscientes de una campaña de salvación pública en que los médicos actuarían de jefes. Sin ellas, sin su diario contacto con el pueblo, sin su técnica, sin su acuciosidad, esas cruzadas corrían riesgo de quedar en el limbo de las buenas intenciones. Su empresa pareció ilusa. Nefelibata contento —dice el poeta de aquél que marcha por las nubes—. De esos nefelibatas emergen los redentores. Y Cora, con sus pequeños pies femeninos en la tierra, su frente en las nubes del futuro, en contra de la rutina, de las incomprendiones, y la sorda resistencia de muchos, puso las primeras piedras de la Escuela de Enfermeras de la Universidad de Chile, que en el transcurso de estos diez años ha dado frutos tan honrosos y meritorios que ya nadie puede poner en duda la necesidad de su existencia.

Sembró con inteligencia y amor. Por eso,

halló quienes prosiguieran su obra. Primero, Miss Sarah Adams, ante cuya memoria me inclino también reverente; ahora la Dra. Eliana González, cuyos desvelos por el engrandecimiento de la escuela y el prestigio cada vez mayor de la profesión, he atestiguado en múltiples ocasiones.

Es anhelo irreprimible del hombre la inmortalidad. La buscan unos en la vida celeste; otros en la grandeza de sus propias obras, resistentes a la distancia y al tiempo. Estoy por creer que sobrevivimos tanto tiempo como el que permanecemos en el recuerdo de las generaciones venideras. Buda y Jesús, Platón y Fidias, Moisés y Solón, todavía perduran en la obra de los pueblos a quienes entregaron normas e inspiración. Nuestros amigos muertos sobreviven en nosotros y alientan cada vez que les recordamos. Cora Mayers tiene un puesto inamovible en los anales de nuestra medicina y en la obra de dignificación de las profesiones ejecutadas con manos de mujer. Vive con nosotros, supervivirá en la labor de las enfermeras chilenas tan largo tiempo como la ejerciten con virtud y ciencia. Y a su memoria

jurarán fidelidad, tanto como a Florencia Nightingale, porque supo prepararles con su esfuerzo y con su ejemplo, un porvenir más respetado, más noble y más valioso en esa cruzada infinita del hombre en contra del dolor y la muerte.

Cora, amiga queridísima, si oyes de tu obra terrestre allá en el reino inescrutable, sabrás que no sembraste entre guijarros. Fecunda semilla fué la de tu empeño, semilla arrojada en tierra de humus, semilla que ya florece y fructifica en la Escuela y en la Asociación de Enfermeras de la Universidad de Chile, escuela y asociación que tu presidirás siempre, con esa inolvidable dulzura tuya y con la noble gracia* de tu talento, desde la eternidad.

1941.

MUJERES SUREÑAS

Hay gentes que suponen que solamente en las capitales las mujeres se destacan en posiciones importantes, cavilan sobre su situación legal o trabajan asociadas con independencia de tuiciones masculinas. Acabo de regresar del Sur y referiré escuetamente, sin comentarios, algunas de mis experiencias.

La Alcaldesa de Dalcahue. — ¿Dónde está Dalcahue? ¡Ah! nuestra geografía... La conocemos tan mal. Mire Ud. su pequeño mapa de Chile, ése que tiene en casa... ¿Qué no, que no lo posee? Pues, mi querida lectora, el principio de toda biblioteca doméstica debería ser una historia, una geografía y un mapa de su tierra. Conocimiento y amor se avivan al complementarse y Chile necesita de la atención cariñosa de todos sus hijos. Volvamos a Dalcahue. Es una comuna en las islas de Chiloé. Y aquí para entre nosotras dos, ¿cómo se imagina Ud. a la alcaldesa de Dalcahue? Pues no, no es en absoluto como la supone. Es una mujer que aparenta alrededor de 35 años, esbelta, hermosa, elegante, culta.

¿Exagero? En absoluto. La vería Ud. pasear por cualquiera de nuestras rúas santiaguinas y la tomaría por una de las habitués de los conciertos del Municipal. Se llama Ana Werner de Bahamondes. Milita en el Partido Liberal. Y conoce la comuna como la palma de su mano. La recorre a caballo, visita a las gentes, atiende a su progreso y bienestar. Y, cuando su marido —que es un agricultor de la zona— está ausente o enfermo, atiende sus negocios agrícolas tan bien como su casa o la alcaldía.

La Presidente del Consejo de Defensa de la Madre y el Niño, de Lota.—Si hay un pueblo que debería roer como un remordimiento implacable en la conciencia de los gobernantes y parlamentarios de la zona es Lota. Sobre 30.000 habitantes y no más de una centena de casas dignas de ese nombre. La "Compañía Carbonífera e Industrial" ha erigido algunas para sus empleados y un grupo de obreros de Lota Alta. La Caja de la Habitación Popular otras. Son las excepciones. La inmensa mayoría fueron levantadas por mejoreros. La Compañía es dueña de los terrenos por donde se ha ido extendiendo la ciudad y prác-

ticamente es muy difícil adquirirlos. Los arrendatarios de los solares edifican precariamente, y porque no tienen asegurado el dominio sobre su propiedad, las apuntalan, hasta que extraen de ellas el último centavo. ¿Urbanismo? ¡Ni pensarlo! Amigos arquitectos urbanistas, a quienes tantas veces, deleitosamente, he escuchado esbozar sus bellos planes de ciudades, ¿por qué no visitan ese Lota Bajo?

En ese pueblo, olvidado de los gobernantes y de los urbanistas, un grupo de mujeres modestas ha formado una institución denominada "Consejo de la Madre y el Niño". Su presidenta, Elena de Flores, es dueña de una sastrería. Con motivo de mi visita han organizado una concentración en el gimnasio de una de las Escuelas de Lota Alta. Reúnen a unas 600 personas, la mayoría obreras. Y la presidenta expone cómo la institución se fundó para realizar un plan de trabajo de 12 puntos: creación de un hospital, de una policlínica, de una maternidad, etc. y como ya han conseguido llevar a cabo parte de ellos. La presidenta es apolítica, pero le ayudan mujeres de

todos los partidos, convencidas de su capacidad de organización y realización.

La Presidenta de la Cruz Roja de Osorno.—Cuando Ud. lectora amiga, llegue hasta Osorno, no deje de visitar la Cruz Roja. En un amplio y pulcro local propio, funciona con todos sus servicios completos. La presidente, durante estos últimos años, ha sido la señora Mercedes Dinator de Adams. Nimbado el rostro de una bien cuidada cabellera blanca, con ojos que denuncian la actividad inteligente, dió muestras en las últimas creces del Rahue, de que no sólo preside por capacidad espiritual sino porque sabe dar ejemplo de actuación. Personalmente, en una barquilla de salvataje, salió tarde, mañana y noche frente a su grupo de samaritanas, a auxiliar a los damnificados, sirviendo de mano derecha a las autoridades y otras organizaciones que acudieron también en socorro de las familias de ese misero arrabal osorino. Estimada por el pueblo, querida de sus afiliadas, esposa, madre y abuela, la señora Adams realiza en su existencia un ejemplar servicio hogareño y público.

Emilia de Cea y Elisa de Triviño.—Admi-

rables mujeres éstas de la "Sociedad de Confraternidad e Ilustración Femenina" de Rahue, ese paupérrimo arrabal de Osorno. Son obreras, cotizan al mes dos pesos; vienen trabajando desde principios de este siglo sin desmayo. Tienen casa propia para la institución y mantiene a sus expensas la única escuela-taller de la localidad, ahora con 75 alumnas. Las últimas inundaciones minaron su local. Cuando las visité, estaban en pleno trabajo de reconstrucción y progreso, porque, aprovechando las reparaciones, construían un aula que les sirviera a la vez de taller, sala de clase y sala de actos. La Presidente, Emilia de Cea, y la secretaria, Elisa de Triviño, me decían con orgullo que de ese local ya no adeudaban un solo peso, y que la institución tenía sus finanzas perfectamente saneadas. En la conversación se mostraron al día en las cuestiones femeninas y alertas a toda cooperación por venir.

He mencionado a unas cuantas, solamente. Grupos de mujeres asociadas se hayan por cientos en todo Chile. La mayoría se descono-

cen y aún ellas mismas ignoran cuán bien trabajan. El momento en que todas se unan se divisa ahora cercano, felizmente.

26-XII-45.

UNIVERSITARIAS

Entre las federaciones de jurisdicción internacional, la de "Mujeres Universitarias" ocupa un sitio de honor. Fundada en 1919, a iniciativa de la catedrática londinense, Carolina F. E. Spurgeon, a base de las sociedades inglesas y norteamericanas ya existentes, alcanzó en la tercera década de este siglo a contar con más de treinta capítulos nacionales distribuidos en los cinco continentes del mundo.

Entre sus socias, las hay que hablan dialectos indostánicos, inglés, con acentos de Nueva Zelandia o de Estados Unidos; francés, ruso, chino o español, con las modulaciones de Castilla, Argentina o Chile.

Sirven la causa de la mayor cultura femenina, de un conocimiento más estrecho entre las mujeres de las diversas partes del globo (sobre el conocimiento se cimenta el afecto y éste abre camino hacia el respeto mutuo y la paz internacional); exploran posibilidades nuevas de servicio a la comunidad; prestan su apoyo a las instituciones que se ocupan de resolver los problemas de los niños en esta época.

ca de profundos cambios en la constitución, economía y capacidad educadora de la familia; ayudan a las muchachas con becas para proseguir estudios en el país o en el exterior, etc.

Su sede máxima se encuentra en Londres, 15 King's Road, hogar y club internacional, que antes y durante la guerra ha sido teatro de actividades generosas e infatigables; más, la proporción mayor de asociadas se cuenta en los Estados Unidos. Comenzaron la lucha por la conquista de la cultura superior antes que sus hermanos de ultramar; su primer intento de organizarse en calidad de universitarias data de 1882.

El número de señoritas que sobrepasan el bachillerato es considerablemente mayor entre ellas que en ningún otro país del mundo.

La "Federación Norteamericana de Mujeres Universitarias" comprende cerca de 900 filiales; edita un boletín que, además de mantenerlas en perenne contacto con las actividades de sus cofrades lejanas, inserta artículos firmados por las más eminentes, y subviene a becas, algunas de las cuales han usufructua-

do por cerca de veinte años las jóvenes latino-americanas. Más de una vez han sido obtenidas en bien ganado concurso por chilenas: la Dra. Amparo Arcaya, por ejemplo.

Durante la guerra han prestado servicios excepcionales en la organización de los cuerpos auxiliares del ejército, en la ayuda a las mujeres refugiadas, a las poblaciones desnutridas de Europa, a la evacuación de miles de niños, etc.

Acaso en recompensa a su devoción patriótica, Tío Sam las ha honrado con posiciones de honor y responsabilidades. La decana Virginia Gildersleeve, por más de seis lustros Directora del Barnard College, anexo a la Universidad de Columbia, en Nueva York, figuró entre las delegadas oficiales de los Estados Unidos a la última Conferencia de San Francisco; Frances Perkins, continúa oficiando de Ministro del Trabajo. La señora Ruth Bryan Rohde, ex embajadora de Dinamarca, dirigió el año pasado algunas de las sesiones de la memorable Conferencia de la Casa Blanca, auspiciada por el Presidente Roosevelt y su esposa.

De ahí han emanado acuerdos que han influido para que caigan abatidos, en los países de habla inglesa, los últimos prejuicios en contra de la designación de mujeres en puestos de responsabilidad nacional e internacional.

"Las tareas de la guerra, de la paz, de la dirección de la República deben ser compartidas por igual por hombres y mujeres. Ninguna porción de la ciudadanía está sujeta a mayores contingencias en la vida democrática de la nación, en el planeamiento para la reconstrucción de un mundo ordenado, que las mujeres. Han sido llamadas a participar en el peso de la guerra, a permanecer lado a lado del hombre en la línea de la producción, y completarlo en los servicios bélicos. Asimismo, deben participar en la edificación de un mundo de postguerra, apropiado para todos los ciudadanos, hombres y mujeres, para que vivan y trabajen en libertad, y lado a lado... Por lo tanto, resolvemos ayudar con todas nuestras fuerzas a que se promueva la participación de mujeres bien preparadas en puestos de responsabilidad, relacionados con la prosecu-

ción de los negocios públicos, nacionales e internacionales.”

En Chile, la Asociación de Mujeres Universitarias ha funcionado en Santiago, con intervalos de recesos, a partir de 1931, e ininterrumpidamente desde 1943.

La actual es —si así pudiera decirse— la “tercera república”. La primera la presidió la Dra. Ernestina Pérez; la segunda, la señorita Irma Salas; la tercera, quien esto escribe. Actualmente cuenta con filiales en Valparaíso, Rancagua, Concepción y Temuco.

En la capital, ha auspiciado la fundación de la Escuela de Educadoras de Párvulos, que prepara jóvenes para la tarea de cuidar y dirigir a niños preescolares, se encuentren ellos en asilos, crèches, casas-hogares, jardines de infantes, etc. En la actualidad, la escuela, que funciona en la Universidad de Chile, y al amparo suyo, cuenta con una cincuentena de estudiantes cuyo grupo superior recibirá su título el año próximo.

Se ha preocupado, conjuntamente, en ayudar a las alumnas de los liceos en la elección de sus actividades futuras, y para ello ha con-

fecionado un programa de foros, que se realizan en el Salón de Honor de la Universidad de Chile, cada uno dedicado a analizar las diversas profesiones liberales, artísticas o industriales susceptibles de una idónea labor femenina. Los ha dirigido la actual vicepresidente de la institución, Dra. María Figueroa de Lourié, contando con la cooperación de distinguidas profesoras: Aída Parada, Olga Poblete, por ejemplo; de médicas, como Eleonira González, Ivonne Abans, María Tagle, entre otras y de estudiantes, entre las que sobresalieron Teresa Pinto Santa Cruz, cuya intervención en el foro último, mostró el ascendiente que puede lograr en el auditorio una joven talentosa que expone con sencillez y verdad sus propias experiencias.

De los países latinoamericanos, Chile es el que ostenta un mayor contingente de mujeres egresadas de estudios superiores, parte, porque fué él quien le abrió antes que ningún otro, en Sudamérica, en el año 1877, las aulas académicas, y parte, porque nuestra "Casa de Bello", cuenta con una organización más completa y con más años de labores inin-

terrumpidas que muchas de sus congéneres.¹ Las chilenas, por otra parte, han tomado iniciativas que no son comunes. Léase, si no, esta papeleta de matrícula rubricada en el alba misma de nuestra independencia: "En la ciudad de Santiago de Chile, el 4 de Marzo de 1810, doña Dolores Egaña F., vecina de esta ciudad, hija legítima del doctor don Juan Egaña, profesor de retórica, y de doña Victoria Fabres, se ha matriculado en esta Real Universidad de San Felipe para estudiar filosofía, y se le tomó el juramento requerido por su Constitución, y en prueba de ello, bajo las órdenes del señor rector, lo suscribo.—Herrera".

Además de las doctoras Ernestina Pérez y Eloísa Díaz, que son las primeras médicas, no sólo de Chile sino de todo el mundo latino, marcan jalones internacionales: Paulina Starr, titulada de dentística (Flebótomo) en 1884; Glafira Vargas, farmacéutica en 1887; Victoria Tagle, ingeniero agrónomo, en 1922; Justicia Acuña, ingeniero, en 1919; Dora Riedel, arquitecto, en 1930; pioneras de su profesión en el campo femenino chileno y sudamericano.

Mis largos años de cátedra y mi contacto ininterrumpido con egresadas universitarias de toda especie, me han inducido a pensar más de una vez que entre ellas se está dando un espécimen de humanidad, mucho más completo y equilibrado que el que conocíamos: un ser que puede exclamar con el filósofo: "Nada de lo que es humano es ajeno a mí"; mujeres que continúan alerta en los campos intelectuales, que trabajan infatigablemente para superarse en ellos, que a la vez atienden a marido e hijos, y que organizan de tal manera su tiempo y sus energías que, junto con dirigir las faenas domésticas, de sobresalir en el ejercicio de su profesión, asistir a conferencias y conciertos, logran ser, en el seno de sus familias, centro de amor y de dicha.

Septiembre de 1945.

UNA MODESTA EXPOSICION

El Miércoles 10 de los corrientes, en el recinto de la Universidad, la Federación Chilena de Instituciones Femeninas —FECHIF como la nombramos en abreviatura— inauguró una II Exposición. Es una muestra pequeña, fragmentaria e incompleta de algunos problemas que preocupan hoy a las mujeres.

Lo mejor no debe ser enemigo de lo bueno. De haber esperado la FECHIF allegar fondos para una exhibición magnífica, habrían transcurrido algunos años. Efectúa ésta con sus propios y exiguos medios y sin solicitar ayuda del Gobierno, de la industria ni del comercio. Es una lección de cómo superar la realidad escasa. Todos sufrimos en Chile del mal de anhelar y no poder, porque los recursos son diminutos ante la grandeza de nuestros sueños. En la lucha entre la parvedad económica y las naturales y legítimas ansias de mejoramiento, cae vencido el pusilánime y el cómodo. Quien se atreve a desafiar las críticas de cuantos, puestos los ojos en lo mejor, se ofenden de la pequeñez lograda, es a la

postre el único que realiza obra fecunda. El tiempo esfuma las críticas y las disuelve en el olvido tanto más rápidamente cuanto más infundadas eran. La obra permanece. Los imperativos de este momento de incertidumbres mundiales, la función orientadora que la mujer ejerce en la política de los más grandes países, la colaboración cada vez mayor que las chilenas prestan a la producción y al progreso cultural, solicitaban una muestra de sus actividades. Aquí está. Esperamos que la generosidad del propósito disimule la mengua de la realización.

Al inaugurarla, hablaron tres mujeres venidas de campamentos bien diversos: María Correa de Irarrázaval, María Aguirre y Graciela Mandujano, presidentas respectivamente de la Acción Cívica, de la Federación de Mujeres Metodistas y de la Liga de Consumidoras.

Dijo María Correa en uno de sus párrafos: "Muchas gentes que no saben de nuestras actividades ni de nuestros problemas — que han llegado a ser los mismos de los hombres — nos niegan el derecho al voto político

alegando que no estamos preparadas. Les emplazo a que vengan a nuestra exposición, a ver nuestras obras en pro de la cultura del país, que lean los gráficos estadísticos y comprendan que somos la mitad de los habitantes que trabajan en Chile y que trabajamos a veces mal pagadas; muchas, mal alimentadas, y siempre, sin la garantía siquiera de ser ciudadanos de nuestra patria. Múltiples gobiernos de América Latina han concedido el voto a las mujeres, sin que éstas lo pidieran, convencidos de la justicia del acto, porque no son ciegos y han visto la parte de responsabilidad que tiene la mujer en la construcción del nuevo mundo, el mundo mejor que todos deseamos".

María Aguirre acentuó otra faz: "Deberían —dijo— realizarse exposiciones de esta índole con muchísima frecuencia no por un sentido de vanidad ni de jactancia, sino por los evidentes valores educativos y prácticos que encierran. Son estímulos. Sabemos que la mujer ha trabajado siempre. Los más remotos informes dan fe de su labor tesonera y anónima, pero fundamental para el bien-

tar de la familia humana. Las condiciones modernas exigen de ella una labor no menos perseverante y, si bien es verdad, que recibe compensación financiera, no es menos cierto que requiere cada vez mayor preparación y esfuerzo en este mundo de feroz competencia. No hay duda que era más fácil laborar ignorada en la protectora penumbra hogareña, sin las trabas y complicaciones de la agitada vida moderna. Toda mujer que trabaja en nuestros días sabe muy bien cuántos tropiezos hay en su camino, cuantos atropellos y aun vejaciones tiene a menudo que sufrir. Nuestro ambiente la mantiene aun en condiciones de inferioridad; merece, entonces, que se la estimule a seguir adelante sin desmayos. . . Si esta manifestación del trabajo y esfuerzo femeninos sólo obtuviera como resultado el descubrir nuevos horizontes y ampliar otros todavía limitados en la mente de los que la visiten, sus organizadoras considerarían ricamente gratificados sus esfuerzos".

"Que ella sea —concluyó María Aguirre— un homenaje a todas las mujeres que trabajan, desde la humilde campesina, que de sol a sol

y encorvada hacia la tierra la ayuda a producir la simiente que le dará vida, de la obrera que consume su existencia detrás de la máquina complicada, de la brillante intelectual que alumbra y orienta a las multitudes por las sendas del progreso, hasta la trabajadora máxima, la que jamás reclama remuneración, reglamentación de su labor, días feriados ni derecho a huelga y que sin embargo constituye la base de la nación: la madre”.

Graciela Mandujano explicó las actividades de las “Ligas” que preside. Procuramos —dijo— realizar la educación del consumidor, que “capacite a sus miembros para hacer un uso más inteligente de los recursos de que dispone, teniendo como objetivo su propio bienestar individual, el de su familia y el mejoramiento social.

El atajo a la inflación, a la carestía de la vida, el alza de los precios es ilusorio, sin la cooperación alerta y organizada de aquellas directamente afectadas: las dueñas de casa.

Sólo en países que gozan de un nivel de educación que permite comprender la interacción de los hechos económicos, en que las

mujeres están organizadas en amplias instituciones y tienen voz y voto en la administración de la cosa pública, ha sido posible defenderse en algo de la peste económica contemporánea: el dislocamiento financiero, el empobrecimiento de muchos a expensas de unos cuantos especuladores y príncipes de los mercados negros.

No hay presupuesto oficial que alcance a remunerar a los miles de inspectores que controlen precios; las únicas capaces de hacerlo y gratuitamente, son las consumidoras, las dueñas de casa, las que viven en relación constante con el pequeño mercader. Este ha sido el ejército que ha tenido a raya durante algún tiempo a la inflación en Estados Unidos, en Inglaterra, el Canadá. Estas "Ligas de Consumidoras" extendidas a cada barrio, a cada aldehuela pueden sostener tirante el cordón de defensa contra esa avalancha.

Este es uno de los objetivos: el otro es el de defender a la consumidora de muy exiguos recursos, las que pagan más caro, porque a medida que es menor la compra, más alto es el precio por unidad. Formar cooperativas de

consumo es otro de los designios de la institución, ideal realizable a medida de que ahonda el convencimiento de la necesidad y la conveniencia de unirse todas en apretado y solidario haz.

Fueron los tres discursos diferentes y correlativos. Fundíanse en la armonía de un ideal común: el mejoramiento de nuestra colectividad, gracias a la dignificación del trabajo y más justo aprecio del esfuerzo femenino.

La FECHIF no está satisfecha del acopio de muestras de la exposición. Las hubiera deseado más amplias, más completas. A pesar de ello, confía en que servirá para descubrir a la consideración pública nuevos aspectos de la contribución femenina a la grandeza de este Chile que tanto amamos.

1946.

HOGAR, DULCE HOGAR

Esta Lucinda de que vamos a hablar, bordea los treinta años. Creció en un hogar normal en que se le concedió rango e importancia idénticos al de sus hermanos. A decir verdad, quién sabe si un tantico superior, porque si bien mamá tenía debilidad por sus muchachos, en cambio el padre adoraba a la hija y resplandecía cada vez que ella demostraba su personalidad, inteligencia y buen gusto.

Llegó el momento en que se enamoró y se empeñó en casarse. De buena gana, sus progenitores lo habrían diferido, a pesar de que no había reparo serio que hacerle al novio, un hombre ya formado que la había visto crecer y que le rendía un homenaje caluroso.

Y pasaron unos pocos, muy pocos años.

En la casa antigua, que les ha quedado grande desde que los hijos han partido a formar cada uno su hogar, los padres comentan con penosa inquietud, las trizaduras que advierten en los jóvenes matrimonios.

Como si la hubiesen llamado telepáticamente, Lucinda aparece. Los padres se miran.

La conocen tanto y tan bien, que presienten una desgracia.

A poco de conversar, la hija interroga como no dando importancia a la pregunta.

—¿Padre, me permites venir a pasar una temporada aquí?

—Naturalmente, pero ¿tu marido, qué pasa?

Llanto, palabras entrecortadas, frases de consuelo... total: que ella explica que ha decidido divorciarse.

—¿Cómo es posible? ¿Y tu niñita?

—Precisamente por mi hija. Está en edad en que ya principia a comprender.

Después de una conversación difícil, preñada de párrafos ininteligibles y confusos, van apareciendo las causas.

—Somos incompatibles. Esa mujer a quien él quiere por esposa no soy yo. Cuando me casé fui su niña adorable, y ¡claro! a mi me encantaba que me tratase con tanto mimo; pero fueron pasando los años y acaso dejé de ser adorable, pero continué siendo para él la niña de la que se dispone, que se trae y se lleva sin consultar, la que debe obediencia a

un varón superior. Uds. —añade— me educaron como a persona y jamás se les pasó por la mente que obedeciera a mis hermanos por el solo hecho de ser hombres y sin que estuviera convencido de que lo que insinuaban era justo. Uds. me enseñaron a ir a los conciertos, a cultivar amistades, a gustar de los trajes lindos. Pues mi marido cree que todo eso está demás en una mujer casada y que deben bastarme la cocina, la costura y la crianza de la niña. Sin duda que me gustan, los estimo fundamentales, pero no me bastan, y ya no puedo soportar que todos los días y a todo momento me eche en cara que falto a mis deberes tal como él los concibe. Asegura que la dicha del hogar es obra de la mujer; pero él no pone nada de su parte; debo ser yo siempre la que ceda, la que se sacrifique, la que tuerza mis inclinaciones; quiere que yo le respete su personalidad, pero a mí no me concede ninguna, y cuando suplico se irrita, pierde el control, me ofende, incluso delante de la niña y de las empleadas.

—Pero esas no son causales de separación —aduce la madre— ¿cuándo se ha oído jamás

de que alguien rompa un matrimonio por eso? Nada serio e irrevocable ha ocurrido entre ustedes.

—¿Cómo que no? —arguye Lucinda—. Si para él no soy una compañera, sino una mal ama de casa, si no me respeta, y me humilla por cualquiera pequeñez, ¿cree Ud. que yo no estoy al borde de convertirme en lo que Ud. llamaría una mala mujer? Y tampoco mi hijita saldría indemne, porque inconscientemente concluiría yo por verter esta irritación mía en ella, tal como ya lo hace mi marido...

En un intento de conciliación, los padres van en busca del yerno.

Las quejas de éste son de otro tenor.

—Lucinda es soberbia, voluntariosa, porfiada y no hay quien la haga variar cuando se le ha ocurrido tomar una decisión. Es intrusa, quiere saber qué hago con mis horas, con mi dinero y hasta pretende inmiscuirse en mis negocios. Es frívola, mundana y coqueta... amigas, téas, conciertos, pretextos para salir a lucirse... quién sabe a quién intenta parecerle bien. ¿Y de qué se queja? ¿No le doy el dinero que necesita para su casa? ¿No

trabajo para ella? Si Lucinda vuelve, ha de ser con la condición de que una vez por todas se acomode a que en la casa mando yo. Su obligación es obedecerme.

Ya de retorno, los padres comentan sus tristezas.

—Yo recuerdo, —dice él— el hogar de los abuelos, en donde los niños no podían hablar en la mesa si no se les dirigía previamente la palabra, en donde la mujer trataba a su marido de Ud. y por el apellido, en donde se enseñaba a las muchachas a servir obedientemente a los hermanos. Nosotros superamos esa etapa y creímos que era mejor que los niños crecieran en un ambiente de compañerismo, de igualdad, consideración y ayuda mutua. Y nuestras hijas lo llevan en la sangre, porque así han vivido desde que nacieron. Más, la ley, los códigos y la tradición quieren todavía que sea el hombre quien ordene y la mujer obedezca. En un mundo de democracia creciente, se conserva un matrimonio que legalmente es autocrático en lo que se refiere a marido y mujer, democrático en el concepto de educación de los niños. La de-

mocracia ampara la evolución de la mujer y ella se ha adaptado rápidamente, porque la favorecía; en cambio, por regla general, el hombre ha conservado su antigua actitud, porque lo apoya la fuerza de la tradición secular y porque le resulta más cómoda y satisfactoria. Ya maduro, con la ley y la costumbre de su parte, se necesita de mucha inteligencia o de mucho amor para abandonar voluntariamente sus privilegios, dejar de ser el amo y pasar al rango de igual. Además, ese compañerismo es muchísimo más difícil de equilibrar, requiere más tacto que la fórmula antigua.

Si existe hoy tanta disatisfacción en el matrimonio es porque algo falla en la institución misma. El divorcio es la operación quirúrgica a la que se recurre cuando los tratamientos han fallado. Es un resultado y no una causa. Si nos oponemos al divorcio de Lucinda no vamos a hacerla más feliz a ella ni a su hija, porque ¿cómo podrá educarla sanamente si se considera una desgraciada y una fracasada sin remedio? Y si su marido no abandona su pugna de principios, ¿cómo esperar

que exista esa paz indispensable a la amable convivencia? ¿No irá cualquiera de los dos y pronto, a buscar en otra parte la dicha que no encuentra en casa?

—El hogar en unión, comprensión y paz, ese es el ideal —exclama la madre.

—Sin duda, responde él. Ningún nido, ninguna escuela, ningún ambiente más propicio al desarrollo de los niños que un hogar normal. Más, para formarlo hacen falta dos voluntades que quieran y puedan armonizarse. El hogar es como una orquesta sinfónica; cada cual desempeña un papel acordado con el de los otros, diferente en sí mismo, armonioso con el resto. Y todos obedecen al director y a la partitura que en este caso se confunden en el anhelo de dicha, compartida en bien del sano desarrollo de la personalidad de los cónyuges y de los hijos.

¡Hogar, dulce hogar! ¿a qué precio se logra su dicha? No es obra del azar ni de la improvisación. Es un edificio construido en el tiempo, con la ayuda de materiales sutiles, delicados, casi imperceptibles. Es obra de conjunto de él y de ella, de sacrificios y de con-

cesiones mutuas, de paciencia, comprensión y discreción; de perdones en silencio, de benevolencia inalterable, realizado sin amarguras, porque el cónyuge ofrece la compensación en moneda de amor o de afectuosa y perenne solidaridad.

Precisa, sin duda, educar a la niña para la vida doméstica. Igualmente importante es preparar al muchacho, y de esto muy pocos se acuerdan.

LA MAL TRATADA

Hoy llama a tu puerta la mal tratada. ¿Quién? La mal tratada. Tú la conoces, la ves todos los días, más la costumbre de su espectáculo cotidiano nubló tu compasión.

Es, en primer lugar, la mal tratada por el alcohol: tu lavandera, tu cocinera, la mujer que habita barrio por medio, en el conventillo. Su marido es obrero, o comerciante ambulante, o vendedor del mercado, y cuando se pone a trabajar no lo hace mal. Por desgracia, la tajada más ancha de sus ingresos desaparece en la voracidad de la cantina, en las francachelas con amigos o el lupanar. Sábado y Domingo son sus días de olvido, de saberse dueño y señor de su dinero. ¡Para eso trabaja! ¿La esposa, los hijos? Que se avengan como puedan. La casa está desnuda de muebles y del más elemental bienestar. No le hacen falta, porque su esparcimiento lo encuentra a fuera. La mujer, razguña de aquí y de allá para que la prole no muera de hambre ni de frío. Apura sus escasas fuerzas. Con eso y todo son sus hijos los que pululan en el arroyo sin más por-

venir que la miseria, o si logran ir a colegio, son sus hijos los que requieren la asistencia escolar: el desayuno, el ropero misericordioso, la colonia de vacaciones.

Cuando ella se queja, el marido se ofende, vocifera y amenaza golpearla. Son insufrible carga la mujer y los hijos. La increpa como si el tenerlos fuera un delito exclusivo de ella. Ese resentimiento, fermentado por el alcohol, concluye por cegarlo y, alguna vez, cuando al regresar a casa, se enfrenta con la familia imploradora, su furia no conoce límites. La mujer corre a esconderse a casa de una vecina. Más, el borracho la encuentra y la abofetea hasta quedar agotado.

Muchas veces me he preguntado si es el alcohol el que vuelve al individuo irresponsable a sus deberes familiares o si aquel de suyo irresponsable acude con más facilidad al alcohol. Sea como fuere, su estéril llamarada esfuma los ingresos económicos, disuelve la familia y tortura a hijos y mujer.

Esta es la casada; la madre soltera no sufre menos. Tanto a una como a la otra el hombre la abandona cuando le viene en gana. Se

marcha al norte, al sur, a donde le lleva el espejismo de una vida más fácil o una faena mejor remunerada. Y no sabe más de él. ¿La hembra y los críos? ¡Qué importa! La madre los cuidará. Y allí queda la infeliz, sin más armas que su ardiente voluntad, bregando sola, sin amparo y sin oficio que le valga mucho. ¿Cómo consigue sustentarlos? A fuerza de sacrificios sin cuento.

No es sólo la mujer del pueblo la mal tratada en nuestros países derivados del mestizaje indígena y de la prepotencia varonil del español. Es así mismo la de algunos hogares de la clase media. En una repartición pública de Santiago de Chile, cuyos empleados, de acuerdo con la ley, gozan de asignación familiar, es fama que el día en que la perciben van todos juntos a servirse un opíparo banquete. Consumen en un instante lo que la ley da a la familia por el mes. No son obreros, no son incultos; son faltos de responsabilidad doméstica.

Las leyes óptimas suelen ser desvirtuadas y escarnecidas por la impudicia humana. La de la Asignación Familiar la recibe en Chile

el hombre, que cuando es honesto y bondadoso la consagra a su mujer e hijos, pero cuando no lo es, la dedica a incrementar la cuota de sus despilfarros. (1).

La mal tratada se halla también entre los más linajudos. Son esas mujeres intatigables como hormigas que vemos a diario vendiendo trajes, ejerciendo el corretaje de seguros o de avisos, improvisándose en profesiones en que han tenido que sacar fuerzas de flaqueza, sabiduría de la ignorancia, porque el marido las abandonó o porque se disolvió el matrimonio y el padre de los hijos acude a toda clase de subterfugios legales o de amenazas cuando se le solicita auxilio para su educación y vestuario.

En otra esfera, también es mal tratada la funcionaria de no pocas reparticiones públicas. Se le exige igual o mejor trabajo que a sus compañeros y se la pospone en cada ascenso. Se le cierran los más altos puestos del escalafón. Es mujer. No cuenta aún con voto ni influencias políticas.

(1) *En varias provincias del Canadá, la asignación familiar es entregada de acuerdo con la ley, a la esposa y no al marido.*

Sobre débiles y maltratados hombros femeninos, gravita hoy el peso de una porción más y más vasta de la familia chilena. En la clase popular, sin ellas, perecerían los hijos.

No faltan escritores que principian a dolerse de que la mujer esté invadiendo todos los campos. No recuerdan que es la irresponsabilidad de muchos hombres las que las empuja al trabajo y a una desesperada lucha. En ellas está la especie defendiendo su supervivencia.

La costumbre encallece las manos y endurece el alma. Todos presenciamos a diario cómo el alcoholismo, la irresponsabilidad del hombre frente a sus deberes familiares y la indiferencia pública maltratan a infinidad de mujeres, merecedoras de un mucho menos áspero y amargo destino. Poquísimos son los que se detienen un momento a pensar en cómo evitar tanto dolor inútil. Las leyes, la organización estatal tienen como máximo objetivo asegurar la vida, la salud, la superación de la familia humana y promover la felicidad de todos. Entre nosotros, el bienestar espiritual, la dichosa convivencia son excepciones. Alguna vez la maltratada se revuelve contra

su victimario y llega hasta el crimen, y otras veces envenena lenta y subrepticamente el alma de los hijos hasta disolver con su odio, el natural afecto de los hijos hacia su progenitor.

† No abogo por un feminismo de superioridad, sino de equivalencia; no pretendo afirmar que todas las mujeres sean víctimas inocentes, ni que todos los hombres olviden o ignoren sus responsabilidades. Tampoco es mi ánimo concluir que la miseria de niños y mujeres obreras se deba siempre al despilfarro masculino. No. Tal como sé que los cargadores de Tocopilla y de otros puertos norteros— de los mejor pagados en toda la costa del Pacífico— no golpean en el mesón del bar para pedir una media pilsener, sino un metro de botellas o una mesa entera de cerveza, mientras la cónyuge y la prole se consumen en la desnutrición, me consta igualmente que en muchas industrias y en no pocas oficinas y casas comerciales, los salarios no bastan a subvenir a una mínima decencia. El objeto de mis palabras es otro: es crear una atmósfera de simpatía y comprensión hacia la mujer mal

tratada, a la que Chile le está debiendo hoy la vida de muchos de sus hijos. Nuestro punto de mira es el porvenir de éstos. Es muy difícil que mañana sean normales, bien quietos con la vida, animosos y alegres, si ha fallado el hogar. En él varón y mujer tienen derechos y deberes correlativos. Las Secciones de los sindicatos y de los partidos políticos que trabajan por el bienestar de las grandes masas populares, deberían ocuparse de este problema que es a la vez tragedia, derroche de dolor estéril y amenaza para el porvenir y crecimiento de la raza.

1946.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

VI

A MODO DE EPILOGO

- 1.—¿Cuál progreso?
- 2.—Preludios a un foro.
- 3.—Nuestro deber.

I

¿CUAL PROGRESO?

Principios de este siglo. Jubileo de la Reina Victoria. La generación que lo celebra no ha sabido de guerras: acaricia la esperanza de una paz y un progreso indefinidos. Estallan en el tiempo, como cohetes maravillosos, nuevos y nuevos inventos. Se desafía a las leyes de la gravedad y la pesantez: perforan los aires

leyes, de algún ajustamiento en la maquinaria del progreso.

En las escuelas inculcamos a los niños la fe en la ininterrumpida depuración y en la superación de todos. Es nuestra religión. Nos sacrificamos para asegurar ese milenio, ese paraíso, esa hermandad que parece acercarse tanto que no vamos a morir sin verla. Los dolores, las injusticias, las crueldades son accidentes involuntarios; jamás actos premeditados y realizados implacablemente. Y miramos a los siglos pretéritos con horror, casi con altanera soberbia, porque nos juzgamos mucho mejores que ellos, que permitieron alguna forma de esclavitud, de explotación o de iniquidad organizada.

Sobrevino la guerra del 14. Nos sobreco-
gió de espanto; pero no logró desarraigar las esperanzas. La consideramos producto de errores, de quivocaciones, de celos y prepotencias internacionales. La combatimos en nombre de la democracia y para que fuese la última de las guerras. Y creamos una Sociedad de las Naciones que ayudase a guiar el mundo por los senderos de la paz, del adelan-

to, de la prosperidad y la fraternidad crecientes de los cuales se había desviado por unos años nefandos.

Continuó la era de los descubrimientos e invenciones prodigiosas. Los aviones aumentaron en seguridad; la ciencia médica anestesió el dolor y alargó la vida. El carpintero, el albañil, el artesano en los Estados Unidos manejaron automóvil, escucharon la radio, gozaron de la tibieza del baño, del agrado de la calefacción, de una alimentación de reyes, de una educación de príncipes. Miramos al siglo como un camino hacia una sociedad humana depurada ya de luchas injustas, de tormentos y de desconsuelos irremediables.

Más, sobrevino la segunda guerra. Y ya no hubo posibilidad de continuar esperanzados. Se desató, como nadie lo habría imaginado jamás, ese antropófago, esa bestia que vivió en nosotros en los siglos de las cavernas, ese animal que no reconoció hermandad, ni fraternidad humana, ni compasión, ni piedad. Surgió para triturar y reducir a nada todo respeto a la dignidad del ser humano, lograda al través de veinte siglos de civilización. La

ciencia y el progreso se pusieron al lado de Satanás para herir, torturar, infringir los padecimientos más atroces.

Esto sucedió en los países más cultos, entre las gentes que manejaban e ideaban las máquinas más perfectas, el arte más elaborado, que hacía gala de un progreso más difundido.

Brutalmente, hemos tenido que confrontarnos con nosotros mismos y preguntarnos sin ambages: este progreso que nos enseñaron a admirar, ¿es en realidad una etapa de perfección? Engendró a los que infringieron las agonías inenarrables de los campos de concentración, el crugir de los huesos torturados, el chirriar de los cuerpos arrojados aún vivos a los hornos crematorios, alentó la guerra total, el asesinato de razas y de pueblos, ¿ha mejorado la humanidad? ¿Es esto adelante?

Una convivencia humana más fraterna, más noble, menos injusta. Eso es la meta del progreso, mas los medios que vulgarmente empleamos para lograrla no se compadecen con tal objetivo.

Imaginamos que un hombre progresa cuando aumentan sus posibilidades de adquirir más cosas materiales, más poder o más influencia. Si de profesor pasa a director; si ayer andaba en carreta y hoy en automóvil; si de comerciante que giraba con cincuenta mil pesos hace hoy negocios de millones; si de asambleista pasa a dirigente del partido, a diputado, senador o ministro, decimos que ha adelantado. No nos preguntamos cómo se ha verificado el cambio. Si ese profesional cumple torpe y desganadamente sus deberes, si el peatón jamás ha disciplinado sus impulsos, si el comerciante es deshonesto y marullero, si el político es ignorante y venal, y si al trocar su posición humilde por otra de mayor importancia han usado malas artes, atropellado la justicia, el derecho, el mérito, la honradez, ¿en dónde hay progreso? Por el contrario, al ensanchar su campo de acción, agigantan su posibilidad de ejercer el mal.

¿En dónde reside entonces el secreto de de una verdadera depuración? ¿De qué modo podemos acercarnos a ella? Mejorándonos a nosotros mismos. Hoy como ayer y como

siempre, el hombre es la medida de todas las cosas, el que les da significación y valor, el que puede emplear para bien o para mal los instrumentos de la ciencia, del gobierno y de las colectividades humanas. Si el progreso no se asienta en el espíritu mismo del hombre y no le induce a elegir en vez del egoísmo, la solidaridad; en vez de la injusticia que me favorece, el derecho que asiste al contrario; en vez de la soberbia y la intolerancia, la fraternidad y la comprensión, estaremos abocados en cualquier instante a que todos los poderes que el hombre acumuló gracias a la ciencia y a la cultura sean utilizados en su destrucción.

El mundo occidental no conoce, fuera de las religiones, la técnica de un perfeccionamiento íntimo que se conjugue con un mejoramiento social. Los sistemas pedagógicos están atados aún a lo intelectual; los maestros enseñan erudicción; el mundo inculca la reverencia por los valores materiales. Coloca al dinero y el poder como meta y desdeña a quienes no los acatan.

¿Un retorno a la religión? Y para aquellos que no alcanzan la gracia de la fe, ¿qué

cosa? ¿Un retorno a la vida sencilla? Tampoco, porque muchos de los inventos modernos son utensilios de bienestar de los cuales la humanidad no debe ni puede desprenderse. ¿Entonces, qué? Una nueva valorización de lo ético-social; una educación que nos habitúe a fraternizar más de verdad, aliviar mejor la miseria, la injusticia y el dolor; una educación que coloque al intelecto como medio y a la ética social como fin, que lejos de exaltar la soberbia egoísta nos induzca a considerarnos parte responsable de un conglomerado en que todos tienen derecho a recibir en justicia, a vivir en dignidad, a crecer en esperanzas.

En estos instantes de inseguridad e inestabilidad mundiales, vale la pena meditar sobre estos problemas de vida y muerte para nuestra civilización, y preguntarnos si la clave de ellos no está en el corazón de cada uno de nosotros.

II

PRELUDIO DE UN FORO

(Discurso para introducir el Foro de investigaciones sobre la condición femenina actual, en la Asamblea de la Comisión Interamericana de Mujeres, Washington, 1946)

Por primera vez en la historia de la "Comisión Interamericana de Mujeres", las 21 repúblicas se han hecho representar. Han venido ustedes —adalides y maestras de su generación—, para discutir sus problemas bajo la poderosa luz de sus vidas ricas de experiencia. Sin embargo, su Presidente, mi distinguida amiga, señorita Minerva Bernardino, me ha pedido que les presente aspectos de meditación y controversia, en este último día de reuniones. Insinuaré, pues, algunos, sin atreverme a darles respuestas satisfactoria. Esa va a ser la tarea de su foro.

En primer lugar: ¿Dónde estamos? Nos hemos empeñado, desde mediados del siglo último en una batalla por nuestra emancipación y mejoramiento, muy parecida a la que

libran los obreros del mundo. Como ellos, exigimos condiciones económicas mejores, educación más amplia, reconocimiento más completo de nuestra importancia como individuos y como grupo.

Esta lucha ha sido mucho más difícil entre las mujeres, tanto por la complejidad de su tarea, como por los prejuicios existentes sobre sus capacidades. ¿En cuál etapa de esta lucha nos encontramos? Si miramos a lo que se ha logrado desde los tiempos de Flora Tristán, Florencia Nighthingale o Elizabeth Blackwell, podríamos imaginar que hemos sobrepasado sus ensueños más atrevidos; pero si consideramos lo que el mundo, este mundo está esperando de nosotras, hemos de confesar que nos hallamos sólo en el principio de nuestra peregrinación. Esto es más visible si fijamos nuestra atención en los países de la América Latina, en donde al lado de grupos que gozan de respeto, honor y consideraciones distinguidas, existen grandes masas analfabetas o subyugadas, carentes de los derechos elementales de una verdadera democracia.

Los problemas femeninos se hallan en el

continente en grados muy diversos de adelanto y es bien difícil, por ende, tratarlos en conjunto. Nos esforzaremos, pues, en separar los detalles y ocuparnos sólo de sus rasgos universales.

Examinemos, pues, los tres aspectos fundamentales de este oficio de ser mujer; considerémosla primero como trabajadora, en seguida como compañera del hombre y por último, como madre.

a) Trabajadora ha sido siempre, dentro o fuera del hogar. En la edad media como en la presente, sobre ella ha recaído el peso de los servicios domésticos. Añade ahora, los de una sociedad industrial que la necesita como obrera, patrona o profesional. Lo único que podríamos preguntarnos en este momento es si las condiciones en que labora van en su ayuda o en su desmedro.

Cualquiera que sea el trabajo, desde el más humilde hasta aquellos a los que el mundo ofrece mayores alabanzas y respeto, debe llenar estas condiciones para asegurar cierta dosis saludable de satisfacción: ser un cauce para la actividad humana, una expresión de

nuestras vocaciones y aptitudes, una base para nuestro respeto, libertad y bienestar, y una contribución a la conquista humana de la materia, la creación de la cultura y el mejor aprovechamiento de la riqueza. Siendo esto así, podríamos concluir que, para que el trabajo contribuya a la felicidad es indispensable que sea a la medida de nuestras fuerzas, dentro de la esfera de nuestras habilidades, en la corriente vital del progreso humano y que recibamos por él una justa apreciación o salario. He aquí, pues, una pauta de condiciones que deben ser investigadas a propósito de cada uno de los oficios o profesiones en que se emplean las mujeres en los diversos países que forman la familia americana.

b) Como compañera del hombre. No es una fácil asociación la del matrimonio, porque a menudo el amor humano se convierte en pasión que exige u ofrece rendimiento y sumisión de uno de los partícipes. Todavía perdura, especialmente en los países latinos, la institución conyugal a base de autoridad masculina y de obediencia femenina. Así lo establecen varios de los Códigos, sobrevivientes

de una situación política de autocracia que en otros aspectos ha fenecido ya por completo. Ahora bien, ningún ser humano actual puede encontrar la felicidad en una completa sumisión. Las relaciones de compañerismo entre hombre y mujer duran apenas un día si no se basan en el afecto, la solidaridad, la igualdad de tratamiento, la tolerancia mutua y la comprensión entre dos seres diferentes, pero de idéntico valor.

Si uno u otro fracasa en este aspecto, sus tareas vitales se hacen más difíciles: carece de esa dicha plena que da la compañía solidaria y el correr de sus años se torna dificultoso, amargo e incompleto.

Las condiciones en que desarrollan su existencia hombre y mujer adultos en esta fase, la más importante de sus relaciones, y el modo de mejorarlas, es un problema que también aparece vital en toda investigación femenina presente, porque en la esfera de lo individual se basa lo social y la pareja humana en sus conflictos y éxitos reproduce los de la sociedad entera.

c) La maternidad se ha mirado general-

mente desde el sólo punto de vista físico. No disminuyo la importancia de esta función generadora; tampoco subestimo su abnegada solicitud ante el niño ambas han sido fuente inagotable de inspiración para artistas y pensadores. En realidad, este aspecto de sus responsabilidades es el que ha recibido la mayor atención pública tanto, que ha dejado en obscuridad u olvidados los otros.

Pero es que la madre no concluye su papel allí, sino que la porción más importante de su tarea, es la que sigue: la de ser educadora de la generación joven. Educar es, de acuerdo con la etimología de la palabra, guiar; y esa persona que guía, solamente puede hacerlo si su intuición y su sabiduría le permiten ver un poco más lejos, un poco más allá de lo que alcanza a divisar el que es guiado.

He sido una maestra durante largos años y puedo con mi experiencia afirmarles que, muy a menudo, la instrucción disfraza y toma el lugar de la educación; hay gentes muy instruídas que son ineducadas en lo absoluto. Nos hemos preocupado mucho de los métodos de

enseñar, y desconocemos aún casi la totalidad de las técnicas necesarias para educar. Esto no se realiza con palabras, ni siquiera con libros ni aún con las prédicas de los mejores apóstoles. Lo obtiene solamente el ejemplo de una vida digna de ser imitada. No basta sin embargo, mostrarse como tal a la generación joven; ésta ni siquiera lo considerará si el amor no acompaña al ejemplo.

La mujer, madre en potencia o en plena realización, tiene, pues, que ser una maestra, pero ¿cómo va a formar si no está formada? Lo que queremos que sea la generación joven, debemos serlo nosotros por adelantado. Nada de lo que esté ausente en nosotros puede alentar en la generación de mañana. Si, por ejemplo, queremos paz y democracia, tenemos que luchar por ellas. La paz hay que hacerla, no está hecha; transcurrirán muchos años, siglos quien sabe, antes de que exista una verdadera democracia internacional. Y ¿cómo podría fundarse en las naciones, si no la hallamos primero en la vida familiar y en las relaciones de los seres humanos? La democracia debe principiar en casa.

Decíamos que no podíamos enseñar sino por el ejemplo y esto nos obliga a una introspección y un exámen crítico de nosotros mismos. ¿Qué vamos a mostrar como ejemplo? Si me miro a mí misma, tengo que responder: contradicciones, falencias, pasiones, imperfecciones. ¿Nada más que eso? Algo más: a veces desinterés y sacrificio, afán de superación, humildad nacida del conocimiento de mi precario yo, profundos deseos de llegar a ser digna de un inextinguible amor.

La tarea de educadora de la generación futura nos obliga, pues, a vivir a la altura de esa plena responsabilidad nos conmina a no descuidar ninguno de nuestros deberes en el plano doméstico como en el nacional. Por desgracia, en nuestra vida cotidiana nos cuidamos poco de todos estos aspectos fundamentales, vivimos en superficialidad, navegando por encima de los aspectos profundos de las relaciones humanas; no nos damos tiempo para luchar y alcanzar esas calidades que nos permitieran ser en verdad maestras de la generación joven, sus inspiraciones y guías. Sobre todo, tenemos miedo de mirar la verdad frente a frente, a veces por cobardía, a veces por evi-

tarnos el dolor de abjurar de nuestros más queridos prejuicios. Por ejemplo: no nos cuidamos de conocer cómo vive la gente en los arrabales, en las minas, en los bajos fondos, en las cárceles. No sabemos lo que ocurre con indios y peones en las haciendas, ingenios y plantaciones. Preferimos vivir en la ignorancia. Tampoco averiguamos si en las relaciones internacionales se verifican hoy mismo transgresiones a la justicia o a los derechos humanos, que incuben nuevas guerras y que nos deshagan en un momento, todo cuanto hemos atesorado de bienestar, de arte, ciencia y justicia social.

Para estas magníficas y dilatadas responsabilidades hay que educar a la mujer, de modo que desarrolle sus completas capacidades. Sólo así me parece, podrá cumplir la tarea señalada por aquellas que antes que nosotras abrieron los caminos de su redención. Aspiramos a levantarnos de nuestra obscura subyugación para colocarnos lado a lado del hombre, como su igual. Al exigir ese derecho, hemos aceptado también las responsabilidades que implica. En este mundo de post-guerra, de incertidumbres, dolores, desquicia-

miento, en esta generación joven que tenemos bajo nuestra tutela, hemos de engendrar no sólo la esperanza, sino la certidumbre de supervivencia y mayor bienestar para la familia humana. Debemos aprender a mirar no sólo el reducido y amado campo de nuestra familia, sino de la sociedad entera en lo nacional y en lo internacional, repitiendo con el filósofo clásico: "Nada de lo que es humano es ajeno a mí".

Armarse de sabiduría es un medio; otro es pedir fuerzas a la solidaridad nacida de un verdadero y profundo humanismo. Para vuestras deliberaciones de hoy, repito las frases de San Pablo: "Pido que vuestro amor llegue a ser más rico en conocimiento e intuición, de modo que obtengáis el sentido de aquello que es vital".

III

NUESTRO DEBER

*(Discurso con motivo de la celebración del Día
Internacional de la Mujer)*

Compañeras:

Hace cerca de 2500 años, a que Grecia ensayó, por vez primera en el mundo, el régimen político de la democracia, y Pericles, su genial gobernante, definió en un discurso inmortal lo que entendía por tal sistema: "Nuestro régimen —dijo— se llama democracia, porque busca la utilidad del mayor número y no la ventaja de algunos. Todos somos iguales ante la ley, y cuando la República otorga honores lo hace para recompensar virtudes y no para consagrar privilegios. . . . Todos somos llamados a exponer nuestras opiniones sobre los asuntos públicos. . . . Si poseemos riquezas no es para guardarlas ociosas ni para envanecernos de su posesión, sino para emplearlas

productivamente... Nadie se avergüenza entre nosotros de ser pobre, lo que si es vergonzoso es no tratar de salir de la pobreza por medio del trabajo... Todos los ciudadanos, incluso los que se dedican a los trabajos manuales, toman parte en la vida pública y si hay alguno que se desinterese de ella le consideramos como hombre inútil e indigno de toda consideración”.

Los fundamentos de la democracia moderna están expuestos en las breves líneas de este discurso magistral: la igualdad ante la ley, la función social de la riqueza, la obligación del trabajo productor y el deber de participar vigilantemente en el ejercicio del poder público.

Sin embargo, el sistema que tan precisa y acertadamente nos describe y que trató de llevar a la práctica la Grecia de Pericles, se deshizo, desapareció por cerca de 2.000 años, arrasado por la violencia y poderío de sus enemigos exteriores y por la flaqueza de la República, extenuada por la corrupción moral y cívica, las querellas intestinas y la prédica estéril de sofistas y demagogos. Mu-

rió, y hubieron de pasar cerca de veinticinco centurias para que el mundo, después de una guerra de independencia en las riberas del Potomac, y una revolución europea que lavó con sangre de aristócratas los harapos de la chusma, viera aparecer de nuevo el régimen de la democracia.

Desde la Declaración de Virginia en 1776 hasta ahora, la historia ha estado bregando por que esta nueva democracia no caiga pulverizada otra vez por los despotismos internacionales o por los propios vicios de sus falsos, perezosos o negligentes servidores.

La democracia es muy difícil de asegurar de modo permanente si no la vigilamos y la auxiliamos todos. Los regímenes de dictadura seducen incluso a las masas, incluso a los hombres inteligentes, cuando la vida cívica se malbarata en luchas pequeñas y discordias vanas, y no se cuida de que el régimen democrático asegure a todos esa porción de bienestar indispensable a la vida decorosa.

La democracia es difícil de conservar, porque obliga a una conciencia alerta. En las

dictaduras hay un corto grupo que delibera, dispone y ordena, y grandes masas que obedecen, forzadas por la dura necesidad. A veces es más cómodo, más fácil, obedecer que buscar por uno mismo el camino adecuado en medio de las dificultades. En las democracias, la voluntad de las mayorías es la ley, y esa mayoría falla si no es conciente e imbuída de patriotismo, si no es capaz de posponer su propio interés al interés del país, y de usar en todo momento su criterio, inteligencia y buena voluntad.

Nuestras democracias ibero-americanas son frágiles y muy imperfectas, precisamente por eso: porque en su seno existen grandes porciones ineducadas, inertes y sordas a la cosa pública, y otras que por desidia no se preocupan de la política y permiten que unos pocos, que una ínfima minoría, les escamotee el poder y obre en provecho propio y a nombre de todos.

Nuestra democracia, como la de los tiempos de Pericles, vive bajo el constante acecho de los enemigos externos e internos. Los externos son los regímenes naci-fascistas que

nos hostigan aún desde detrás de nuestras propias fronteras. No bastaría, sin embargo, para asegurarnos la supervivencia de la república, que esas amenazas desaparecieran. Se necesita, además, fomentar las virtudes que exaltan la democracia y extirpar las técnicas defectuosas de selección de los gobernantes, los malos hábitos y los vicios que la llevan a su decadencia, primero, y a su desaparición después.

La democracia es un régimen que precisa vigilar desde los arcanos de nuestra propia conducta individual. Requiere que conozcamos las leyes y seamos capaces de modificarlas prudentemente cuando resulten inadecuadas; que reconozcamos la necesidad de la disciplina social en que existen correlativamente derechos y deberes; que abramos paso y elevemos a los más aptos; que obedezcamos y mandemos con justicia y fraternidad, que trabajemos limpiamente, que seamos leales con las autoridades libremente elegidas, y capaces de defender nuestras opiniones con valor, pero sin arrogancia y sin intransigencias.

La democracia es un régimen que requiere perfeccionarse diariamente. La igualdad ante la ley, que es su base, debe complementarse con la igualdad ante las posibilidades económicas. El gran tribuno Franklin D. Roosevelt, lo expresó así en su famoso discurso de las cuatro libertades, que es, a la época moderna, lo que la oración de Pericles al mundo antiguo.

Recordaréis que él afirma:

"Aspiramos a un mundo basado en las cuatro libertades esenciales: la primera es la libertad de palabra... la segunda la de adorar cada uno a Dios a su manera... la tercera es la liberación de la necesidad... que asegure a cada uno una vida saludable y pacífica... la cuarta es la liberación del temor a la guerra..."

Pues bien, ese desideratum esta aún por alcanzarse. El mundo post-bélico, estremecido aún de horror; no cicatrizado de sus heridas; con los cadáveres de 14 millones de muertos ante sus ojos; con la secuela de 5 millones de lisiados que no encontrarán remedio a sus desventuras; con las decenas de millones de

seres desnutridos, hambrientos, enfermos y desnudos, ya se está preparando para nuevas guerras nacidas de la arrogancia, la falta de entendimiento y buena voluntad entre los poderosos. Y aquí en América, en la tierra nueva, en que existen vastísimos horizontes inexplorados, en donde no hay vallas infranqueables para la conquista del bienestar, ni esa lucha encarnizada por el pan de que son teatro los países superpoblados de Europa, aquí también la paz y la democracia están amenazadas.

¿Cuál es nuestro deber en la hora presente? Fortalecer interiormente nuestras democracias, robustecer sus virtudes cívicas, su disciplina social, su laboriosidad, la conciencia de todos de que los momentos son de apretar filas y no de luchas mezquinas, de producción mayor y de sacrificio. Si nos enemistamos los unos y los otros dentro de nuestro propio país, si no nos afanamos por hallar fórmulas de convivencia que aseguran bienestar para todos y una paz interna en que los derechos y los legítimos anhelos de cada cual hallen campos pro-

picios; caeremos indefectiblemente en alguna forma de dictadura. Y las primeras en sufrirlas serán las mujeres. Sobre ellas se hunde más violento el puño de los regímenes nazi-fascistas porque, en virtud de doctrinas de falsas necesidades jerárquicas, las arrojan a la inferioridad, les quitan su carácter de colaboradoras del hombre y su equivalencia social, alcanzada después de un siglo de sacrificios feministas.

Nuestras hermanas chilenas se han caracterizado siempre por su gran sentido de responsabilidad. Incontables son las que aseguran la vida y la continuidad de la familia, después del abandono del padre de sus hijos; muchas son las que sacrifican, incluso su juventud y sus esperanzas, por criarlos y educarlos; sin ellas, la población de Chile estaría diezmada. A ese sentido de responsabilidad apelo. Prometamos todas esforzarnos incansablemente para que al pueblo se le otorguen pronto mayores posibilidades de educación y de vida decorosa; para que las fortunas sean, como decía Pericles, puestas al servicio de la colectividad; para que todos laboren discipli-

nadamente; para que los que detentan el poder lo hagan sirviendo a la justicia, a la equidad, a las leyes; para que las prácticas cívicas no sean minadas interiormente por la deslealtad, la corrupción, la venalidad y la injusticia. Viva-
mos alertas y vigilantes para que perdure nuestra república y para que la paz nos dé alientos para continuar, hombres y mujeres unidas, modelando la frágil y promisoría arcilla de nuestra democracia.

Marzo 8 de 1946.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

